



El puente de Talamanca es un puente sin río. Las aguas del Jarama que lo bañaron mansamente durante siglos, ya no cubren sus piedras milenarias; ahora se tiene que contentar con un pequeño canalillo que nutre una fábrica y molino harinero. Pero él, el puente, sigue ahí en pie como todo un símbolo de una civilización cuyas esencias aún perduran en tantas cosas. Emociona pensar que estas losas de la calzada romana que discurre sobre el puente fueron pisadas por aquellas legiones romanas que nos trajeron ese espíritu que alentara nuestra forma de ser durante tantos siglos.

—que en el siglo XIX albergó a sor Patrocinio, la monja de las llagas— y la fachada, en ruinas, del convento franciscano, que nos transmite aún ahora, después de desafiar a los tiempos, el mensaje de fe y austeridad que nos legara el insigne cardenal, su fundador.

Por hoy basta ya de turismo. El aperitivo, buen vino y sabrosos trozos de jamón, lo pueden tomar en cualquier bar, que muchos y buenos tiene Torrelaguna. Y la cena, en las fondas Viviani, El Pontón, bar España y casa Moraleda, que todos estos establecimientos cuentan con afamada cocina y con habitaciones aseadas.

La mañana del domingo aconseja antes que nada ir a la iglesia. A las once se oficia en el templo parroquial la misa mayor; pero hasta tanto, tiempo sobrado tenemos para visitar una de las más bellas y espaciosas iglesias de la provincia. Sepan ustedes que su

fábrica, de estilo ojival, se inició en el siglo XIII y que el cardenal Cisneros la renovó y enriqueció. Tiene interesantes altares, antiguos sepulcros y hermosas imágenes —deben centrar su contemplación en una Magdalena de Luis Carmona y en el Cristo llamado de la Salud, regalo de Alejandro VI a los Reyes Católicos— y guarda las cenizas del poeta Juan de Mena, aquel insigne vate que brilló y vivió en la Corte castellana y murió en Torrelaguna de «un terrillo y misterioso dolor de costado».

PATONES

La mañana, con su luz soleada, es siempre propicia para iniciar cualquier recorrido y con mayor razón para salir en dirección de Patones, un curioso y pintoresco pueblo enclavado en lo más frágil de la Sierra, cuya historia parece más bien fábula que realidad,

hace apretada, y la marcha difícil. Llegamos de nuevo a Madrid.

ya que nos habla de un Estado independiente con sus Reyes autónomos, del último Reino que hubo en España después que Isabel y Fernando forjaron la unidad hispana. Estuvo aislado hasta la construcción del camino vecinal que le une con la carretera del Pontón de la Oliva y sus calles y casas conservan la nota peculiar de un mundo celosamente custodiado; sus empinadas calles se asemejan a las sendas que conducen al castillo fantástico que guarda el tesoro —envidiable tesoro— de una manera de ser no contaminada por los azares y tribulaciones de la vida moderna.

PONTÓN DE LA OLIVA

Desde Patones al Pontón de la Oliva, donde oiremos el susurro del agua caída en cascada. Allí refugiados tras la roca cortada a pico para que el agua no nos salpique, escucharemos su mágica música. Y sobre sus campos echaremos el mantel, y en él, el pan y el vino y el cordero, el típico asado en horno de «El Calero».

LA CUEVA DEL REQUERILLO

Por la tarde, si el ánimo no os pesa, visitaremos la cueva del Requerillo (hay que solicitar permiso de paso en las oficinas del Canal de Isabel II, en Torrelaguna, y seguir desde el Pontón de la Oliva un camino vecinal que entra en la provincia de Guadalajara), interesante caverna, que ha sido considerada como la «Altamira de la provincia de Madrid». Es de longitud extraordinaria y la galería o sala más brillante es aquella que se encuentra a la derecha del amplio vestíbulo de entrada: una sinfonía luminosa de estalactitas y estalacmitas.

VENTURADA

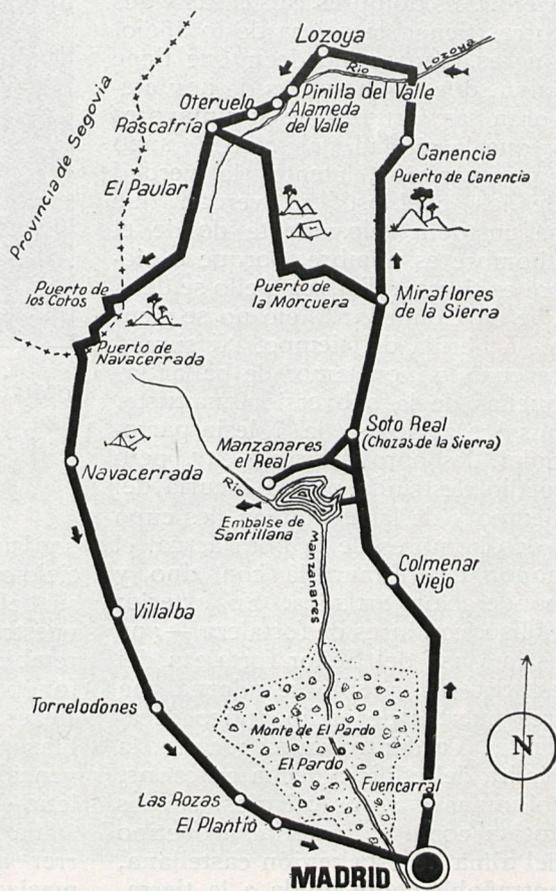
Pero no conviene detenerse mucho; el día va acabándose y hay que emprender el regreso a Madrid, bajo la sombra inmensa de los Montes Carpetanos, dirección a Venturada. Y al abandonar esta hermosa campiña, sus frondosos arbolados, sus viñedos y huertas, nos detendremos un instante, cerca del caserío de la villa cisneriana, para visitar los jardines de la central hidroeléctrica y el sifón de San Vicente, digno de verse y destacarse porque es el que lleva el agua hasta el grifo de nuestra casa.

La excursión se acaba; sólo faltan unos minutos para estar dentro de la vorágine de la carretera general. La fila india de coches se

Colmenar Viejo y su iglesia = Paisaje de lago y Manzanares el Real, hito fronterizo = Miraflores de la Sierra y la decisión de una Reina = El Paraíso de los Cazadores y el Rio Truchero.

El Paular y el silencio = Retablo alabastrino y custodia de mármol = La Arcadia madrileña.

Si en verdad, querido lector, quieres conocer esta tierra que envuelve a Madrid; si no te ha cansado la anterior ruta, es fuerza mayor seguir avanzando y aprovechar de nuevo el sosiego de los días de descanso para continuar nuestra andadura por otros caminos. Por ejemplo, por aquel que nos lleva al Monasterio de Santa María de El Paular a través de una ruta limpia de tópicos, de escenografía variada, en la que no se sabe qué admirar más, si la dureza de sus montes o la suavidad de sus prados; si la horizontalidad de sus valles o la altura de sus montañas. Pero no



adelantemos acontecimientos, que sería tanto como descubrir el pastel antes de llegar a los postres. Y cada cosa requiere su momento.

Dejamos Madrid; la ciudad está a nuestras espaldas. Poco a poco iremos gozando de esos momentos únicos en los que nos desligamos de toda cosa importante para vivir exclusivamente el día puro, alegre, libre, que pide el poeta para festejar el asueto. Un día que nos envolverá con su luz primaveral de paisaje caro cuando contemplemos el castillo del Real Manzanares desde el embalse de Santillana; o cuando exclamemos oyendo el romance del agua que canta el río Lozoya, ¡qué paisaje, válgame el cielo!, o cuando descienda hasta nosotros la paz y la soledad del claustro cartujano.

COLMENAR VIEJO Y SU IGLESIA

Hasta Colmenar Viejo, tierras de labor y tierras para la milicia. A uno y otro lado de la carretera, amapolas, margaritas y azulinas, en campo de abierto horizonte sólo quebrado de vez en cuando por pequeños altozanos. Luego, el Madrid castrense de El Goloso, el castillo de Viñuela, en el centro de montaraz estampa, y más allá el pueblo de Colmenar, ese pueblo que para su fortuna se califica de viejo. Sus hombres, sus casas y sus torres tienen la solera de lo añejo, que es tanto como decir que tiene cuna, que sus hombres de hoy atesoran las virtudes de sus mayores y que la ciudad, al crecer, supo conservar viva, latente, la verdad de los pueblos, esa verdad que se custodia celosamente donde el «hombre es hombre, porque la tierra es tierra». Tal vez a ello se deba que en Colmenar Viejo no se sienta la herida del tiempo. Ni siquiera cuando, con temor de hallar las huellas de la subversión marxista, nos acercamos a la iglesia parroquial. Es obra del siglo XIV, pero medio destruída por la incuria del tiempo y de la revolución, les cupo a los hombres de la hora actual el honor de restaurarla con tino y ponderación artística. Su exterior es liso, con aires de fortaleza —¿no es la Casa del Señor fortaleza del espíritu—?, y sólo se adorna con tres puertas de estilo gótico decadente. Ya dentro de su recinto, la piedra del edificio hecha crucerías, columnas y arcos ojivales, se nos antoja como el material arquetipo del alma de esta región castellana, entrañablemente unida a la tierra, pero siempre, en todo momento,



UNA CALLE DE COLMENAR VIEJO, CON SU IGLESIA AL FONDO.

con una oración elevada hacia el cielo como las columnas esbeltas de su bello templo. Y ahora detened vuestra mirada ante el magnífico retablo renacentista, adosado al fondo de la nave central, con relieves escultóricos y grandes tablas pintadas, en el que la forma venció al color y el cincel a la paleta.

Ya fuera, el turista debe recorrer a pie las calles sencillas y macizas de Colmenar, con sus casas de piedra encalada. Es cierto

que en ellas no hay mucho que destacar y, sin embargo, encontrará en este deambular pueblerino paz y placer y hallará, además, ocasión para adquirir el rico pan candeal, famoso por su cocción y por la finura y blancura de su pasta.

TIERRAS CANADERAS

A la salida del pueblo en dirección a Manzanares el Real se comprende, a través de la diáfana ex-

plicación del paisaje, por qué Comenar Viejo adquirió fama merced a las reses bravas. Es tierra ganadera, de ricos pastizales y bravos toros, alguno de célebre memoria, como aquel «Pizarro», que luchó con un elefante. La plaza taurina, que se halla a la derecha de la carretera, es una de las mejores de la provincia y goza de justo renombre por la calidad e importancia de sus carteles.

PAISAJE DE LAGO Y MANZANARES EL REAL, HITO FRONTERIZO

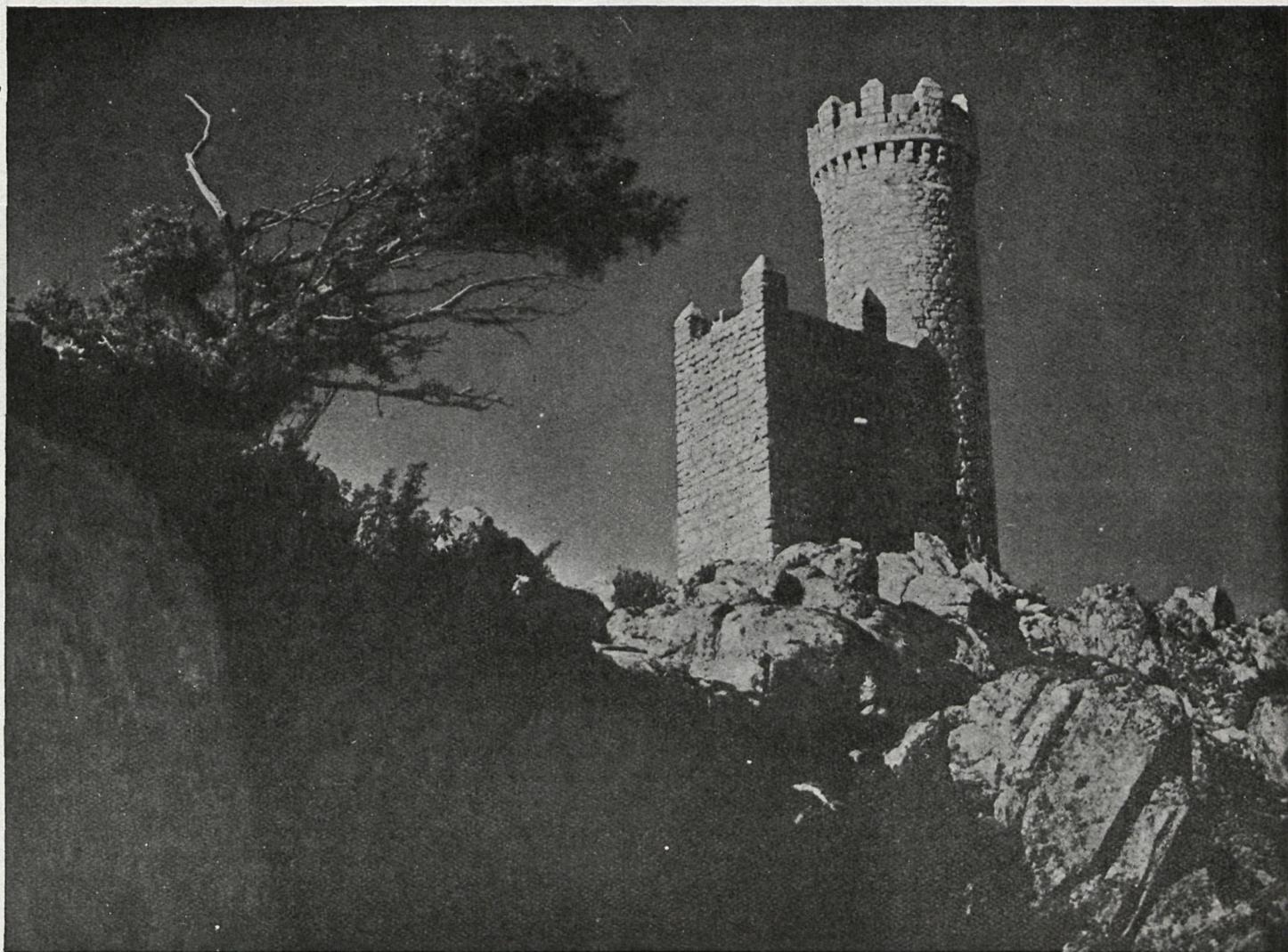
A pocos kilómetros, unos metros más allá del mojón que señala el número 36, una estrecha vereda, practicable para los automóviles, nos conduce al embalse de Santillana, desde el que podemos contemplar un panorama que muchos dirían propio de otras latitudes: de lago suizo, por ejemplo. Y, sin embargo, el embalse de Santillana, con

los verdes prados que lo circundan y el impresionante telón de fondo de La Pedriza, es simplemente eso: un paisaje más de España. Enfrente está el castillo del Real Manzanares, que nos llama con su leyenda amorosa y con la belleza de su arquitectura. Su nombre no está unido al fragor de las batallas ni ha alcanzado la fama frente al guerrero. Es, más que fortaleza, palacio de amor y poesía. Su recinto almenado y su célebre galería gótica fueron lugares más propicios para el idilio amoroso y la composición poética que para el estudio de tácticas y estrategias. Sede feudal de los Mendoza y de los Garcilaso de la Vega, se alza en la cima de un altozano como un hito fronterizo que separa dos concepciones de vida: la mística y bélica del Medioevo y la abierta a las inquietudes intelectuales y sensitivas del Renacimiento. Hoy, por desgracia, presenta en su interior las huellas terribles de diferentes devastaciones —dos guerras en poco más de un siglo—, heridas que están esperando, todavía, la mano

misericordiosa que las cure, a manera de lo ya hecho en tantos castillos de España.

MIRAFLORES DE LA SIERRA Y LA DECISION DE UNA REINA

Y de aquí a Miraflores de la Sierra —el pueblo que debe su nombre a la decisión de una Reina—, tras haber atravesado otro lugar cuya denominación ha cambiado recientemente: Chozas de la Sierra, ahora Soto del Real, patronímico anunciador de sombras forestales y de vegas bucólicas. Cuenta la historia que cuando doña Isabel de Borbón, esposa de nuestro Rey, Monarca de las Musas, Felipe IV, se detuvo en el sitio o lugar denominado «Porquerizas», quedó cautivada por la belleza del paraje, y al preguntar su nombre y enterarse de lo poco agraciado que era, ordenó que en el futuro adoptara el de Miraflores, por corresponder a las dos primeras palabras que pronunció durante la parada



TORRE DE TORRELEDONES.



que se vió obligada a realizar antes de su entrada oficial. Y Miraflores de la Sierra ha hecho honor, desde aquel entonces, a tal decisión. Es un pueblo que ha cambiado su fisonomía con la construcción de villas y hoteles; pero por encima de esa transformación debida a la mano del hombre, ahí está, permanente, fija, la belleza de sus parajes serranos, con sus grandes manchas verdes protegidas por la sombra de los montes.

EL PARAISO DE LOS CAZADORES Y EL RIO TRUCHERO

Mas por encima de sus propios méritos —delicioso clima estival, hermosas perspectivas y ricos manjares (el célebre requesón, industria en decadencia progresiva, y el jugoso fresón, cultivo en constante aumento)— hay que destacar que Miraflores es nudo de importantes vías de turismo, algunas de ellas conocidas y muy frecuentadas, co-

mo la que une este pueblo con el Monasterio de El Paular a través del puerto de La Morcuera, y otras un tanto en olvido, como ocurre con la que conduce al valle del Lozoya. A la antigua cartuja jerónima se puede llegar por la primera de estas dos vías, más adecuadas

La belleza de esta ruta queda ampliamente reflejada en las fotografías que publicamos. El castillo de Manzanares el Real, visto de dos puntos distintos; el río Lozoya y el Monasterio de El Paular en dos versiones distintas.

